

LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 15 DE ENERO DE 1891

NÚM. 11



VICTORIA I, REGINA ET IMPERATRIX

¡ay! bien pronto me relegó otra vez á mi calabozo rosado.

De nuevo experimenté sacudimientos dolorosos, rudos golpes, el traqueteo de ásperos vehículos. Después vino una época de descanso. Un día me encontré en una tienda elegante, clara y perfumada, llena de aguas de olor y de pastillas, en medio de gentes que hablaban una lengua extraña para mí. Poco á poco, me fuí acostumbrando al idioma, y logré comprender todo lo que se decía; así supe que estaba en Santiago de Chile.

La cajita que había sido mi camarote llegó completamente destrozada al término de nuestro largo viaje; la arrojaron á la basura por inútil, y yo tuve la dicha de vivir al aire libre, en constante trato con la curiosidad pública. Me pusieron en un escaparate que daba á una calle muy central, ¡cuántas caras donosas ó mezquinas he visto pasar frente á mi ventana! ¡Cuántos hermosos niños, cuántas señoras de rostro regañón, cuantos hombres formales! A veces delante de mí se paraba una muchachita risueña, colgada del vestido de su mamá y me señalaba con el dedito. Entonces, me sentía orgulloso de vivir en el mundo de los vivos.

Sin embargo, no tardé en aburrirme de esa exhibición perpetua ante la mirada de los transeúntes. De día, tenía que soportar los rayos del sol que, como dardos de acero candente, caían sobre mí y me daban fiebre; de noche, me hacía pasar fuertes sustos una luz de gas puesta encima de mi cabeza. Sucedió que creyeron conveniente mis tutores hacerme cambiar de lugar. Me quitaron del escaparate y me colocaron en un magnífico frasco de cristal de ancha boca, en compañía de unos collares descoloridos y opacos que cobraron envidia á mi vestido relumbrante. Me proporcionaron un lugarcito tan restringido que me ahogaba en el medio de sus cuerpos duros y pesados.

Ese frasco me dejó tristes impresiones, porque ahí empecé á convencerme de que en el mundo hay sentimientos bien imperfectos. Verbigracia, apenas salía el patrón, el mozo de almacén se llenaba los bolsillos de golosinas; una rata blanca y plomo, una lindura, fué atacada por el diente raticida de un gato feroz; en fin, las moscas de alas tenues y livianas, cuyo vuelo seguía yo con infinito placer, morían por centenares sobre un papel artero, traidora celada que el mozo de la tienda les preparaba diariamente.

Esos espectáculos penosos llenaron mi espíritu de la más negra melancolía, y llegué á echar de menos mi pequeña prisión de otro tiempo.

Pero ¡oh, dicha sin igual! Una voz encantadora vino á acariciar mi oído cuando ya la vida se me hacía tan pesada; esa voz sacudió mi tristeza y ¡sorpresa inefable! pronunció mi nombre y mi apellido.

—¿Tiene usted, señor, collarcitos de ámbar transparente?

—Sí, señorita, y de los más finos.

—Me sacan de mi estancia y me presentan á la señora:

—Sí, este me conviene; pero es ámbar legítimo, ¿no es verdad?

—Legítimo, señorita.

—¿Cuánto vale?

—Dieciocho pesos.

Y me fuí con la señora, en uno de sus bolsillos, que transcendía á cuero ruso y á violeta.

Cuando llegó á su casa, mi dueña me sacó triunfalmente y exclamó:

—¡Aquí está el collar! ¡Ya no le dolerán más los dientes á mi lucero!...

Porque han de saber mi lectores que algunos me atribuyen la virtud de calmar las angustias de la primera dentición de los niños.

¡Ay! qué cuadro tan delicioso se presentó entonces á mi vista! En una alegre pieza, llena de juguetes, vi á un niño de tres años montado en un caballo de palo; una niña más grande vestía una muñeca, y en los brazos de una muchacha rozagante un nene que me

miraba con unos ojos tan preciosos que me parecían soles. ¡Y era tan risueño su semblante! Nunca probé felicidad mayor que la de ese momento. Sus manecitas me llamaban á él; me tomó, me puso en su boquita, me mordió (yo encontré eso muy bueno), y, en fin, consentió en que me pusiesen alrededor de su cuello.

Los dos otros niños se pararon en sus juegos, se acercaron al lindo nene y con la mamá y la sirvienta gritaban:

—¡Oh! ¡qué bonito el collar de Juanito! ¿Démelo, quiere, alma mía? ¿De quién es el collarcito?

Los días siguientes fueron para mí días de risa y de ventura. Puesto en el cuello de Juanito, hice paseos maravillosos. En la tarde se nos veía en la Quinta, un jardín de hadas que nunca había soñado, ó en la Cañada, una alameda grandiosa que no se cansa uno de recorrer.

¿Y la música militar que hacía henchirse de júbilo á mi querido dueño? ¿Y esas inefables caricias de las cuales participaba yo? ¿Y esos gritos de alegría, esa risa cristalina, ese sueño de ángel que venía después, el dulce arrullo de la canción materna?... ¡Recuerdos queridos, escenas sublimes, cuadros desgarradores, risas, dudas y esperanzas, no son ahora sino fantasmas que mi memoria evoca en vano!...

Juanito andaba solo ya, y el adorado nene quería llevar siempre su collar, así es que no me separaban de él. Parece que yo había obrado de una manera benéfica sobre la dentición de mi amado Juanito; sus caninos habían salido sin tropiezo, y el niño se veía libre de accidente.

No obstante, llegó un día tenebroso, un día de tristeza indefinible. No levantaron á Juanito de su cuna; le dolía la garganta. Caballeros vestidos de negro le abrieron la boquita por la fuerza, lo hicieron sufrir mucho... y yo sentí en esa hora un dolor horrible.

¡Ay! no sufría yo solo... Cuando los caballeros vestidos de negro salieron, la madre lloraba y el padre tenía pintada la desesperación en el semblante, los hermanos andaban en puntillas y hablaban en voz baja... ¡Pobre Juanito! El llamaba siempre á su mamá, pero su voz era tan triste y tan débil que yo la desconocía... y su pescuezo estaba tan quemante... su corazón latía tan fuerte...

¡Juanito! ¡Juanito! ¿qué tenías? dí melo. ¡Ay! ¡Nadie lo ha sabido, lo que tenía mi Juanito! ¡Nadie! ¡Nadie!...

De repente, su corazón ha dejado de latir... he oído un grito horroroso arrancado, sin duda, del alma de la madre...

Han puesto á mi Juanito un largo vestido blanco, lo han acostado sobre un lecho de flores, pero él no decía nada... dormía siempre... no se despertaba...

¿Por qué?... Después lo han puesto en un cajón y... ¡atrocidad sin nombre! allí adentro lo han encerrado solo, conmigo... Entonces me parece que nos han llevado muy lejos; pero ¿á dónde?... No lo sé... Y Juanito duerme siempre... y su corazón no ha vuelto á latir... ¡Juanito! ¡Juanito! ¡Despierta!...

Me han dejado alrededor de su pescuecito, y tengo frío. Juanito está helado... ¡tan helado!...

Pero ¿por qué lo han dejado irse? ¡Ay! No soy yo el digno de lástima; yo he acompañado á mi bonito nene... nó, no soy yo quien inspira lástima... Si sufro de no poder mirar más el sol, las flores, la luz del día, es por él, por mi Juanito, que está encerrado aquí y duerme siempre... Si me desespero al oír cantar los pajarillos, de no poder verlos, es por el ángel querido que los amaba tanto!

A veces oigo sollozos ahogados más arriba de nuestra prisión, y adivino un sutil perfume de rosas... Entonces, algo me dice que es la madre inconsolable que busca á Juanito y lo llama con el eco de los suspiros y el aroma de las flores.

¡Ah! ¡Lo querían locamente!... es verdad... y sin embargo lo han dejado

marcharse, y sólo su collar amarillo le sirve de centinela en el campamento de los muertos!

LODOISKA MAAPAKÁ

CARTAS JAPONESAS

CARTA UNDÉCIMA

Querido marqués:

El otro día me vino á visitar uno de los literatos más conspicuos de este bello país. Reina entre nosotros cierta intimidad, y nuestra conversación fué muy familiar y animada. En lo mejor del diálogo, me espeta el ilustre escritor esta pregunta:

—Un japonés y un chino, ¿no son una misma cosa?

Casi me fui de espaldas. Ya sabes que estando en París, se me hizo idéntica interrogación, lo que dió lugar á mi muy comentada réplica al *Figaro* de aquella ciudad. Pero si es permitido en Francia confundir á un japonés con un *shakabank* (1) del Imperio del Medio, en Francia, donde ese truhán de Pierre Loti ha contado acerca de nosotros un rosario de barbaridades, no es admisible que un chileno, y por añadidura escritor laureado, incurra en tamaña equivocación. Los chilenos son cosmopolitas, y conocen mucho la vida social, artística y comercial de las naciones extranjeras. Te repito que mi asombro fué grande. Me fuí de espaldas, casi, y dije *Loutiska!* (2).

Felizmente, el señor Porras (se llama así el protagonista de mi cuento), no posee el japonés, ni, lo supongo, adivinó el sentido de aquel vocablo.

Creo que notó, sin embargo, la impresión que dejó en mí su pregunta, pues dijo:

—No le extrañe mi ignorancia sobre el particular; ella es común á todos mis compatriotas.

Para tranquilizarlo, le respondí:

—¡Qué me ha de extrañar, cuando muchas doctas corporaciones del viejo mundo cometen la misma confusión!

—Sé, prosiguió el literato (y eso lo sabemos todos), que la China y el Japón son dos comarcas distintas; pero no vemos diferencia entre los habitantes, las costumbres, la civilización en general de uno y otro país. Le agradecería, señor conde, que me ayudara á salir de ese grave error.

—Con el mayor agrado, repliqué.

Y á continuación pronuncié el breve discurso que, según mis recuerdos, te transcribo:

—Es verdad, señor Porras, que una de esas dos sociedades asiáticas ha sido la cuna de la otra; pero ahí se detiene su filiación común. El aspecto físico de los pobladores y su carácter peculiar, ofrecen divergencias profundas.

En el Japón, país hospitalario, el arte y la urbanidad parecen estar mezclados con el aire que uno respira. El japonés es maestro en la ciencia del vivir y en el arte de pintar la vida; la nuestra, se entiende, que no es ni la de los chilenos ni la de los chinos.

La China, en cambio, es una tierra hostil, tanto al arte como al extranjero. Un viajero que quisiese bosquejar ahí á uno de los habitantes, se expondría á una negativa brutal. El chino profesa el culto de la humanidad física. Prestar su rostro á la reproducción fotográfica, es una fantasía que el chino ve preñada de los mayores peligros.

En el Japón sucede todo lo contrario. En ese jardín florido donde reinan la luz y la alegría, donde todos sienten y comprenden las bellezas de la creación, el pintor, el simple fotógrafo pueden ejercer su arte en paz.

Al contemplar á un europeo, el niño chino brama y se esconde; el japonés le sonríe.

(1) *Shakabank* debe de ser una expresión de desprecio.

(2) *Loutiska*, algo como ¡caramba! ó ¡caracoles! ó ¡canastos!

Los chinos y especialmente las chinas, se cubren de ricas vestiduras, de brillantes joyas; la japonesa es sencilla en su atavío, modesta en su trato.

La China brinda el repugnante espectáculo de una colección de hambrientos, de inválidos, tullidos, paráliticos y monstruos, cuya abyección no tiene igual en el orbe. Como cada cual en tierra sus muertos donde se le antoja, se encuentran en las calles, en las plazas, en los campos, sepulcros medio corrompidos, fragmentos de esculturas que han representado á algún perro ó caimán, en conmemoración de un personaje famoso, y que han sido entregados á la intemperie y al olvido.

En el Japón todo es próspero y risueño. Salvo la ceguera, las enfermedades crónicas son raras. Si se exceptúan los bonzos limosneros, la mendicidad no existe. Además, nuestro carácter nacional es de tal condición, que atenúamos en lo posible el horror de las miserias humanas. Rodeamos de atenciones á los ciegos, y los ponemos en caricatura. No tenemos jorobados; por eso la joroba no es entre nosotros motivo de burla.

La casa chinesca, construída de ladrillos pesados, es tosca y sin gracia; la casa japonesa, de madera y de papel, tiene el aspecto divertido de un inmenso juguete. El traje japonés no lleva, como lleva el chino, ojales ni botones. Nosotros usamos sandalias; los chinos gastan zapatos.

Los japoneses no usan la trenza del chino, ni juegan como él, ni fuman el opio. La mujer japonesa no se mutila los pies; anda en todas partes libremente; no necesita ser custodiada por eunucos.

Y estas diferencias, entre otras mil, le explican á usted por qué mis paisanos menosprecian á los chinos.

Las diversiones en el Japón presentan un carácter esencialmente artístico y poético. La poesía goza allí de mucho aprecio.

—¿No podría usted darme algunos datos acerca de la instrucción pública en su país? me preguntó el señor Porras.

—¡Ah! amigo, le contesté; veo que usted es aficionado á la instrucción, le gusta que el muchacho aprenda y se ilustre. Pues bien, el Japón puede considerarse el paraíso de los niños. Todos llegan al mundo de buen humor; más tarde van alegremente á la escuela, son ahí particularmente aplicados y se conducen muy bien.

Antes de la gran revolución que nos dió la instrucción gratuita y obligatoria, no había escuelas para los hijos del pueblo; sin embargo, todo el mundo, sin excepción casi, sabía leer y escribir los caracteres que representan los objetos y las ideas usuales.

—¿Y cuántos signos hay en el idioma japonés? inquirió mi amigo el literato.

—En las escuelas se enseñan hoy tres mil, más ó menos. Un hombre distinguido debe conocer unos ocho mil; pero no se merece el nombre de letrado sino cuando se poseen treinta ó cuarenta mil.

—La escritura de ustedes ¿es ideológica?

—Tenemos la escritura ideológica, y también una escritura fonética que llamamos *Katacana*, tomada de otra inventada por el sacerdote de Boudda *Daishi* y denominada *L'hirakana*. No hay ningún país del Universo donde la enseñanza sea más cómoda y fácil que en el Japón. No hay ejemplo de que un niño se fastidie del estudio. La piedad filial es igualmente una costumbre inveterada entre nosotros, y la tolerancia religiosa un principio fundamental de nuestra sociabilidad. No se conoce en el Japón el fanatismo.

Nuestro pueblo es esencialmente artista. Los niños nacen con el pincel (1) entre los dedos. Un muchacho de escuela pintará admirables paisajes, y un

(1) Los japoneses escriben y dibujan con un pequeño pincel que llevan casi siempre consigo.

vendedor de semillas de flores, por ignorante que sea, dibujará al comprador, de una manera irreprochable, la flor de la semilla que le vende. Los japoneses tienen la intuición de la forma, y han llegado á simplificarla hasta dar vida y movimiento á un simple rasgo. Era el ideal de nuestro gran pintor Hokusai.

—Antes de despedirme, señor conde, interrumpió mi interlocutor, ¿cuánto gastan ustedes en el ramo de instrucción pública?

—De un presupuesto de 120 millones de pesos, moneda chilena, gastamos 20 millones en la instrucción. Tenemos tres millones de alumnos, 76,500 profesores, 3,500 profesoras, y 200 pedagogos extranjeros.

Con esto se despidió el señor Porras, muy satisfecho y agradecido.

Y también se despide cariñosamente tu hermano,

TCHÍ

CIENCIAS

LOS PROBLEMAS DEL PORVENIR

El *Thomson Scientific Club* de Lynn (Massachusetts) acaba de celebrar el primer aniversario de su fundación. En esta ocasión, el profesor Eliseo Thomson, excusándose de tomar por tema un asunto que asume cierta semejanza con las profecías, ha desarrollado algunas consideraciones acerca del porvenir de las aplicaciones de la ciencia, de las cuales damos un resumen á los lectores de LA FAMILIA.

Los progresos futuros, ha dicho en sustancia el sabio norteamericano, son esencialmente una cuestión de opinión personal, y todas las previsiones están expuestas á recibir el más formal desmentido de los hechos.

Al presente hay abiertos al progreso de la ciencia tantos y tan variados caminos, que es difícil prever en cuál de ellos entrará más resueltamente. Probablemente serán la electricidad y la profesión de ingeniero electricista quienes lleven la palma de los más notables descubrimientos. El porvenir se presenta aun muy brillante en materia de aplicaciones de la electricidad, y si bien es cierto que un gran número de problemas eléctricos han sido ya resueltos, no lo es menos que un número considerable de ellos permanecen esperando su solución.

Hoy día no hay ninguna dificultad para construir máquinas eléctricas de 300 á 500 caballos que antes se consideraban gigantescas, cuando las de 50 ó 60 caballos eran las más poderosas que se podían construir. Llegará el día en que será preciso hacer generadores eléctricos de muchos miles de caballos para transmitir la fuerza motriz en grande escala y alimentar alumbrados eléctricos importantes con ayuda de una sola estación central. El sistema ideal de distribución es el que permite proporcionar con una sola canalización todo lo que es necesario, luz, trabajo y calor sin que sea necesario recurrir á canalizaciones diversas.

Es más fácil decir en qué sentido es preciso modificar la construcción y las disposiciones generales de los generadores eléctricos poderosos, que prever los descubrimientos que vendrán á alterar completamente los actuales procedimientos de producción. Esperamos que llegará un día en que sea posible obtener directamente la energía eléctrica por medio de la combustión del carbón; pero los datos que poseemos actualmente no son bastante numerosos para poder precisar por cuál vía se obtendrá la solución. La pila termo-eléctrica es todavía un aparato de transformación de tan mediocres resultados que siempre es necesario recurrir á un motor á vapor y á un dinamo á pesar de la complicación del procedimiento. Se necesitarán numerosas investigaciones científicas para llegar á ver industrialmente realizada la transformación direc-

ta de la energía de combustión del carbón en energía eléctrica.

En el porvenir, los ferrocarriles serán movidos por tracción eléctrica, no solamente los tranvías y los ferrocarriles de líneas secundarias sino también las líneas importantes que unen las grandes ciudades; y no hay motivo para creer que no puedan obtenerse velocidades mayores que las de nuestras actuales locomotoras movidas á vapor. Estas tienen, en efecto, un gran número de piezas de movimientos alternativos que deben ponerse en marcha, detenerse y moverse en sentido inverso con mucha rapidez, al paso que la locomotora eléctrica no exige sino un solo movimiento de rotación compatible con una velocidad mucho mayor. Por más que las locomotoras hayan sido muy perfeccionadas, están lejos de alcanzar el grado de economía de carbón de las poderosas máquinas fijas de gran desarrollo y de condensación. Con máquinas estacionarias y locomotoras eléctricas será posible alcanzar velocidad de 100 millas por hora (160 kilómetros) suprimiendo todo el peso inútil y conservando un movimiento del todo simétrico. La economía de tiempo así obtenida constituiría un gran progreso, y tomando precauciones especiales para mantener con seguridad el convoy sobre la vía, sería posible viajar con una velocidad de 150 millas por hora (240 kilómetros.) Estoy convencido de que esta cifra representa la velocidad de los trenes dentro de un siglo, pues los problemas que hay que resolver para obtener este resultado no presentan dificultades invencibles.

Otro campo no menos fecundo es el de las aplicaciones electro-químicas. Son conocidos los servicios prestados por la electricidad á la extracción de metales y á su purificación. No siendo toda aplicación química sino cambios de afinidad ó encadenamiento entre las partículas que constituyen los cuerpos, y ejerciendo la electricidad su acción sobre estas afinidades, es del todo evidente que todas las operaciones químicas pueden ser dirigidas y ejecutadas por la corriente eléctrica. Hay que emprender numerosas investigaciones; pero es raro encontrar un hombre que sea á la vez un químico y un electricista consumado. Yo iría más lejos y me atrevería á decir que todas las operaciones, incluso el crecimiento de las plantas y nuestra alimentación misma, que están basadas en reacciones químicas podrán dentro de un plazo más ó menos cercano ser resueltas por la electricidad. Obligaremos á los elementos á combinarse como se combinan en las plantas y podremos de este modo aprovechar directamente las caídas de agua en la producción de nuestros alimentos.

Otras ideas todavía podrán adquirir un gran desarrollo en el porvenir: la producción de la luz sin calor, por ejemplo, que es uno de los más grandes problemas que hoy día se impone á la atención de los físicos é ingenieros. Nuestras actuales lámparas incandescentes producen gran cantidad de luz; pero también producen gran cantidad de calor. Si llegásemos á eliminar esta producción inútil de radiaciones no luminosas y á no producir sino las luminosas, obtendríamos la luz á un precio extremadamente bajo.

Estos problemas y otros de que no nos hacemos cargo por el momento, serán resueltos á su tiempo. Al explicarlos hemos tenido la satisfacción de ver que dejan una buena suma de labor para el porvenir.

OCTAVIO LEMÓN

MANUAL

DE LA DUEÑA DE CASA

(Continuación)

X

Supongamos que nuestra joven dueña de casa, reducida á sus propias fuer-

zas, por faltarle su madre, una pariente, una amiga de experiencia, se vea en la necesidad de dar una tertulia.

¿Cómo procederá? Sin duda ha sido invitada más de una vez á semejantes reuniones; pero ha tomado parte en ellas sin preocuparse del mecanismo y de los rodajes que concurrían al efecto del conjunto. Bien recibida en una casa hospitalaria, rodeada de comodidades tanto mayores cuanto más trabajo se había tomado la dueña de ese hogar para crearlas, y para disimular el esfuerzo ó los defectos, se ha figurado tal vez que era muy sencillo dar una tertulia, que bastaba ataviarse convenientemente, y presentarse en tiempo oportuno en el salón para recibir á los invitados.

Y ello no es así.

Las peores dueñas de casa son las que se consideran en su propio domicilio como invitadas, y que por poco no piden á éstas que les hagan todos los honores sociales.

La répito, ello no es así.

Todos los cuidados relativos á una reunión, ó comida, deben ser tomados con anticipación. Este principio es tan indispensable para una reunión íntima, como para el caso en que se aguarde á numerosas personas.

Las invitaciones (manuscritas para una reunión íntima, impresas para una reunión más numerosa), deben enviarse de ocho á quince días antes de la fecha fijada.

Dichas invitaciones, cuando son manuscritas, pueden ponerse en una tarjeta. Según el grado de amistad, se escriben ahí algunas palabras.

«¿Querría V., amiga mía (ó estimada señora) concedernos su velada del 20 de enero? Nos agradaría infinitamente que V. pudiese hacerlo, en compañía del señor X (el nombre del esposo).»

La respuesta en este caso puede trazarse también en una tarjeta:

«Acedemos con gusto á su grata invitación, y tendremos mi marido y yo el mayor agrado en acompañarla en la noche que indica.»

O

«Deploramos, querida amiga (ó estimada señora) no poder aceptar su amable invitación. Un compromiso análogo nos lo impide.»

Conviene responder sin demora, sobre todo si se trata de una comida. Conviene también gastar en esta clase de relaciones toda la sinceridad compatible con la vida social; se evitarán en lo posible los pretextos; en lo posible, se dirá la verdad, cuidando de enunciar los motivos reales de una negativa, para evitar que se sospeche un subterfugio que siempre será desagradable.

Si la reunión es numerosa, se recurre á tarjetas impresas, en las cuales sólo se necesita llenar los claros.

«A. X. y su esposa, ruegan al señor, la señora y la señorita I. tengan á bien honrar con su presencia la velada que darán en su casa el (aquí la fecha). . . . Habrá baile, ó música, ó comedia.» En una esquina de la tarjeta se pone la hora (las 9 y media en punto, por ej.)

Con la suficiente anticipación (insisto en este punto) la dueña de casa se ha procurado todos los elementos de que habrá menester en su tertulia; habrá preparado la conveniente iluminación de sus salones, comprado los naipes, las fichas, los objetos habituales de juego familiar; comprobado el número de las bujías, la limpieza y frescura de las pantallas, que deben figurar en las mesitas de juego.

Tiene de antemano designada la calidad y cantidad de los refrescos que ha de servir, y los ha ordenado donde sus diversos proveedores.

Esos refrescos son de varias clases.

Para una tertulia íntima, de diez á veinte personas, se pueden hacer circular bandejas, sobre las cuales se encuentran juntas, copas de jarabe, de naranjada, de limonada ó de ponche caliente.

Para una reunión de treinta á cuarenta ó más personas, se pueden presentar esas mismas bandejas, y otras con hela-

dos; en ambos casos, hacia el fin de la velada, todos pasan al comedor donde se ha servido té, chocolate, bizcochos de diverso género, sandwiches, etc., etc.

En los bailes, ó tertulias con baile, se ofrecen bebidas frescas y helados, en bandejas, varias veces durante la velada.

Al fin de ésta se pasa al bufete.

Se llama bufete la mesa del comedor provista de todo lo que se pueda conseguir en materia de refrescos, bebidas calientes, pasteles, sandwiches, fiambres, jamón, etc., etc.

Los refrescos pueden ser: vino de Champagne helado, limonada y naranjada, jarabes de limón, de horchata, de granadina; el jarabe de groseña, el de cereza y el de frambuesa se consideran vulgares.

Como bebidas calientes, té, chocolate, vino y ponche caliente.

Los pasteles serán brioches, pastel de ciruelas, y la innumerable serie de pastelitos secos; no deben olvidarse las tostadas con mantequilla y las frutas.

Los mozos ó servidores, cuatro por lo menos, estarán constantemente detrás de los invitados, vestidos de frac y guante blanco de algodón, para ofrecer todo lo que se les pida.

Si se trata de un baile que deba durar toda la noche, el bufete constará además de viandas más sustanciosas, pasteles de liebre, de hígado de ganso, perdices, mayonesas, patos, pavos, en una palabra, todo plato frío de comida. En estas circunstancias, se sirven vinos tintos, blancos y Champagne en hielo; á los postres, vinos dulces.

Según los recursos de que una dispone, según la importancia de la reunión, se pueden suprimir algunos de los refrescos ó algunas de las viandas enumerados. Pero ya que mi oficio ahora es el de consejera de las jóvenes dueñas de casa, las invito á no sacrificar jamás la calidad á la cantidad ni la cantidad á la indolencia ó á la indiferencia.

Permitido es no recibir; pero cuando se recibe, hay que tratar bien á los huéspedes; no se debe transformar el bufete en mesa de teatro con pavos de cartón, ó poco menos, es decir, de mala calidad, y que cause desagrado el comerlos. En todo orden doméstico, nada hay de menos respetable que el falso lujo. Si no se puede soportar un gran gasto, y se desea, con todo, recibir algunos amigos, es preciso recibirlos simplemente, sin fingida vergüenza, ofrecerles unos pocos refrescos y fiambres escogidos: lo principal consiste en que lo que se sirva sea de lo mejor, fresco, y preparado prolijamente. En caso de necesidad, la dueña de casa pondrá ella misma manos á la obra, para aliviar la tarea de los sirvientes y conseguir un resultado más halagüeño.

Bajo el doble punto de vista de la economía y de la excelencia, hay ventaja en preparar en la misma casa la limonada, la naranjada, el ponche y el chocolate.

Una dueña de casa no se rebaja ejecutando personalmente parte de lo que se sirve en la tertulia. Lo que es vergonzoso y censurable es la negligencia y la desidia, y si la dueña de casa no puede decidirse á echar sobre sí parte de los cuidados que exige una buena recepción, más vale que renuncie á recibir á sus amigos y conocidos.

EMMELINE RAYMOND

ECONOMÍA DOMÉSTICA

SALSA DE TOMATE A LA ITALIANA

Tomad diez tomates muy maduros, cortadlos al través, quitad todas las pepas.

En una cacerola esmaltada poned dos cebollas chicas, cortadas en torrijas con 125 gramos de mantequilla; hacéd dorar con bonito color rubio; añadid los tomates con sal, diente de ajo cortado longitudinalmente en cuatro partes,